

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, instituciones, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Notekeeper*

© 2023, Hannah Treave. Publicado según acuerdo con The Foreign Office Agència Literària y Blake Friedmann Literary Agency Ltd.

© 2024, de la traducción por Alicia Botella Juan

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: julio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-79-8

Código IBIC: FA

DL: B 4.881-2024

Composición:

Sergi Godia

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en julio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Hannah Treave

La coleccionista de secretos

Traducción de Alicia Botella Juan



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

Prólogo

Las luces de la pista deslumbraban. Parecía que esas luces parpadeantes azules y blancas hubieran sido colocadas especialmente para ella como un recordatorio de que había tomado la decisión adecuada. Cuando los motores cobraron vida, respiró hondo. El potente estruendo que sentía debajo de ella se la llevaría a miles de kilómetros. Estaba hecho. No había vuelta atrás.

Mientras el avión aceleraba, fijó la mirada en las luces. Pasaban con tanta velocidad por su lado que parecían una sola línea larga en lugar de puntos individuales. De repente, estaban en el aire, el avión se elevaba hacia el cielo nocturno australiano con tanta gracia y elegancia como una bailarina de *ballet* saltando. Cuando la comprensión de lo que había hecho le llegó, dejó escapar un sonoro jadeo con tanta fuerza que molestó al pasajero que dormía a su lado. Tras murmurar una disculpa rápida, se volvió hacia la ventana y contempló la oscura silueta de su tierra natal, consciente de que nunca volvería.

Al despertarse esa mañana no esperaba acabar en un vuelo internacional. De hecho, su día había empezado como cualquier otro. No había dormido, pero el sueño era algo que pertenecía a su antigua vida; una vida que antaño había estado repleta de felicidad, trabajo, trayectos al colegio, noches de cine, paseos por la playa, madrugadas y amor.

Después de que su marido se hubiera ido a trabajar por la mañana, ella se había preparado su habitual café y se había tomado una tostada. Luego se había puesto a planchar, empezando por las camisas del trabajo de su marido y su uniforme

de enfermera, pero, en cuanto llegó a la camiseta azul marino de su hijo, se derrumbó. Verla depositada inofensivamente en la cesta hizo que se cayera al suelo, seguida de la tabla de planchar, la plancha y la camiseta. Se había quedado tumbada boca abajo sobre el frío suelo de baldosas, sollozando desesperadamente por la vida que había conocido, la vida que había perdido y la vida que ya no tendría.

Cuando ya no había podido seguir llorando, miró a su alrededor la casa en la que había vivido casi toda su vida de casada. Estaba agobiada, necesitaba salir. Corrió hacia la mesita de noche y abrió el cajón para sacar el impecable pasaporte azul que llevaba años sin usar. A continuación, se puso los zapatos y el abrigo, y solo se detuvo para coger el bolso antes de salir de casa.

En el momento de ir a cerrar la puerta, se dio cuenta de que había olvidado lo más importante de todo. Subió las escaleras corriendo para volver a abrir el cajón de su mesilla y sacó un pedazo de papel pautado. El simple hecho de sentirlo en sus manos le había dado fuerzas. Se llevó el papel a los labios y lo besó con suavidad, se lo metió en el bolso y bajó de nuevo las escaleras. Salió por la puerta directamente, sin molestarse en comprobar si había cerrado bien. Lo único que quería era huir.

Y eso estaba haciendo. Había tomado un autobús hasta el aeropuerto y, como si fuera una escena de una película, compró un billete para el primer vuelo a Londres sin preocuparse por el precio.

Ahora ya estaba en ese avión, y mientras la tripulación recorría el pasillo con el carrito de las bebidas, se inclinó hacia delante para coger el bolso. Sacó el papel y saboreó las pocas palabras que tenía escritas, atesorando cada una de ellas.

Solo quiero ser un vaquero.

Mientras leía, sintió una oleada de fuerza. Ese trozo de papel le dio algo que creía haber perdido para siempre: esperanza.

Capítulo 1

Dos años después

La respiración pesada y dificultosa era lo único que se oía en la habitación mientras Zoe Evans releía las pocas frases que había escrito en el cuaderno que descansaba sobre su regazo. Era la cuarta vez que leía la nota y seguía odiando casi cada palabra. Levantó la vista bruscamente, de modo que un mechón rubio grisáceo se le soltó del moño que tenía sujeto en la nuca.

—Arthur, ¿seguro que es esto lo que quiere decirle? —preguntó mirando al hombre responsable de la nota.

La respiración se volvió aún más laboriosa cuando el anciano de la silla de ruedas asintió con una determinación férrea reflejada en sus ojos legañosos.

—Sí. He pasado demasiado tiempo negándolo, ha llegado la hora de que la verdad salga a la luz.

Zoe ignoró el impulso de gemir de desesperación. Llevaba más de veinte años siendo enfermera y hacía ya mucho tiempo que había aprendido que regañar a los pacientes no era el modo más eficaz de conseguir que hicieran lo más adecuado.

—De acuerdo. —Le ofreció una sonrisa tranquilizadora a Arthur—. Pero ¿no cree que decirle a su esposa de sesenta años que nunca la ha querido y que la muerte será una agradable liberación de sus constantes reprimendas, su lengua afilada y...

—Zoe hizo una pausa para mirar su cuaderno— su persistente olor a ventosidades es un poco cruel?

Arthur asintió.

—Estoy seguro. Nunca me han gustado las mentiras.

Zoe dejó el cuaderno y se guardó el bolígrafo en el bolsillo del uniforme. A ella también le desagradaban las mentiras, pero

tampoco pensaba que soltarle a la gente la cruda verdad fuera siempre lo correcto.

–¿Algo más? ¿Algo bonito? –insiste–. Audrey es su esposa. Lleva seis semanas trayéndolo a esta residencia como paciente ambulatorio. Han compartido toda una vida juntos, han construido su mundo alrededor del otro.

La expresión de Arthur se suavizó.

–Pues claro que quiero a Audrey, pero este maldito cáncer ha sido como un puñetazo en el estómago. No quiero reunirme con el Creador sin haber sido honesto. Estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho. Es cierto que nos hemos llevado bien, sin embargo, nunca he olvidado a mi primer amor: Deirdre Hamilton.

Al mencionar a Deirdre, el rostro de Arthur adquirió una expresión soñadora. Zoe comprendió que estaba muy lejos de esa villa victoriana convertida en residencia a las afueras de Bath. Mientras el sol de finales de abril entraba a raudales por las ventanas de la sala ambulatoria, Zoe le dio unas palmaditas en la pierna para traerlo de vuelta al presente.

–No estoy segura de que Audrey necesite saber eso. –Zoe lo volvió a intentar–. Seguro que puede decirle algo más para suavizar el golpe.

Arthur reflexionó unos instantes arrugando la nariz y, finalmente, dijo:

–Vale, dile que compre zanahorias. No come suficientes verduras, pero le gustan las zanahorias.

Zoe reprimió una carcajada, sin embargo, al ver que Arthur lo decía en serio, cambió rápidamente su expresión. Se sacó el bolígrafo del bolsillo, anotó sus palabras y lo miró, expectante.

–¿Lo tienes? –preguntó Arthur.

–Sí –prometió ella–. ¿Seguro que quiere decirle esto a Audrey?

–Sí –contestó Arthur en un tono débil, aunque firme.

Zoe no siguió insistiendo. Se dio cuenta de que la visita a la sala ambulatoria lo había agotado. El color empezaba a desvanecerse de las mejillas de Arthur y su respiración era cada vez más trabajosa.

Se puso de pie y lo llevó de nuevo a su cama. Se fijó en que el anciano no había girado la vista hacia la ventana para admirar, como de costumbre, el par de robles a los que debía su nombre la residencia: Los Robles. La experiencia de Zoe le dijo que no pasaría mucho tiempo antes de que su paciente llegara a su final.

Arthur no era el primero de sus pacientes que quería dejar una nota para decirles a sus familiares y amigos lo que pensaba en realidad y Zoe sabía que no sería el último. Anotar las últimas palabras de los moribundos o grabar mensajes para los que se quedaban era algo que llevaba haciendo desde que había empezado a trabajar de enfermera en la residencia dos años antes. Sabía lo poderosa que podía llegar a ser una última nota y lo catártica que resultaba para los que se enfrentaban al final.

—¡Hola, Zoe!

Tras ella, una fuerte voz con acento de las Antípodas interrumpió sus pensamientos.

Se detuvo para darse la vuelta y se topó cara a cara con su compañero Miles Anderson. Todavía con un pesado abrigo puesto y metiéndose los restos de un bocadillo de beicon en la boca, Miles parecía más un basurero que acababa de terminar su turno que un enfermero a punto de entrar a trabajar.

Zoe sintió que se le erizaba la piel.

—Pensaba que habrías empezado hace media hora.

Miles se encogió de hombros y se sacudió las migas de la espesa barba oscura, haciendo caso omiso a la regañina de Zoe.

—Ya sabes lo que pasa. Anoche me acosté tarde, no he podido levantarme.

Zoe frunció el ceño. No sabía lo que pasaba, pero no lo aprobaba. Al igual que ella, Miles era nativo de Australia, pero, a diferencia de ella, tenía treinta y nueve años, cinco menos que Zoe, y hacía todo lo posible por vivir cada momento como si fuera el último, como si llegar a los cuarenta fuera llamar a la puerta de la muerte.

—Tal vez deberías intentarlo —espetó Zoe entre dientes—. Vives

a la vuelta de la esquina. Que llegues tarde no es justo para los pacientes ni para el resto de nosotros.

–Sí, sí.

Arqueando una ceja rubia y despeinada, Zoe se irguió en su metro setenta y le dirigió a Miles lo que esperaba que fuera una mirada fulminante.

Pareció funcionar. Miles se quitó con rapidez el abrigo y se metió el envoltorio del bocadillo de beicon en el bolsillo.

–Lo siento, jefa.

Parecía realmente arrepentido.

–Solo durante veinticuatro horas, hasta que empiece el nuevo supervisor –contestó ella encogiéndose de hombros.

–Supervisor temporal –corrigió Miles mientras se limpiaba las manos grasientas en el pantalón del uniforme–. ¿Cuánto tiempo va a quedarse?

–Hasta que la familia Harper considere que Los Robles va bien, ahora que se ha hecho cargo de la residencia –contestó Zoe.

–Y la han fusionado con la St Mary –añadió Miles con tristeza, haciendo referencia a la brillante y nueva residencia que había al otro lado de Bristol y que había superado a Los Robles en casi todas las encuestas.

Cuando una mueca se apoderó del rostro de su compañero, Zoe rio. Desde que se había acostado con una de las enfermeras de St Mary y esta había tenido la audacia de romperle el corazón, Miles estaba obsesionado con la residencia rival.

–Ni siquiera sé para qué necesitamos un supervisor –gruñó Miles–. Lo estamos haciendo todo bien.

–No lo bastante bien –replicó Zoe, fijando sus ojos azul celeste en el enfermero–. Lo único bueno de que venga este nuevo supervisor es que también será el nuevo jefe de enfermería, así que dejaré de tener esta responsabilidad para siempre.

Miles se echó a reír.

–Espero que tengas razón. ¡Por ahí dicen que es bastante exigente!

–¡Bien! –exclamó Zoe–. Eso significa que podrás decirte cuatro cosas cuando llegues tarde o cuando llames los sábados por la mañana diciendo que estás enfermo.

–No lo hago todos los sábados –protestó Miles.

–Los suficientes como para que me haya dado cuenta –repuso Zoe con un suspiro antes de animarse–. De todos modos, ya no es problema mío, ahora es cosa de Ben Tasker.

–Sí, bueno, puede estar bien que haya un tío al cargo en lugar de todas esas mujeres –refunfuñó Miles con expresión abatida de nuevo.

–No importa. –Zoe sonrió ampliamente–. Pronto voy a poder recuperar aquello que más me gusta.

Miles suspiró.

–Diría que es el cuidado personal, pero teniendo en cuenta que tu rutina de belleza se limita solo a agua y jabón no se me ocurre qué podría ser.

A cualquier otra persona podría haberle dolido ese comentario, pero Zoe se mostró desconcertada.

–Solo porque no sea vanidosa con mi aspecto no significa que no tenga vida.

–No hace falta ser vanidosa para pasarte un cepillo por el pelo o para arreglarte esas cejas, que parece que tengas un par de orugas pegadas a la cara –dijo Miles y, tras notar que tal vez se había pasado, la miró con aire de disculpa desde debajo de sus cejas minuciosamente arregladas–. Lo siento, Zoe, no iba en serio. Solo estamos preocupados. Todos los enfermeros. Por lo que sabemos, tu vida gira alrededor de la residencia.

–¿Y qué? –protestó Zoe, sintiendo que se le inflamaban las pálidas mejillas por la indignación. Meterse con su apariencia era una cosa, pero poner en duda su profesionalidad era otra muy diferente–. Hay modos peores de pasar el tiempo que ayudar a la gente a morir.

–Cierto –contestó Miles con cautela metiéndose las manos en los bolsillos–. Pero la vida es equilibrio. ¡Sigues trabajando después de que se haya acabado tu turno y encima recoges

todas esas notas, Zoe! Es anticuado. Es como si fueras la santa patrona de los moribundos.

–No soy la santa patrona de los moribundos y escribir notas no es anticuado. Es una forma muy personal de comunicarse –replicó Zoe mirando a Arthur, quien se había quedado dormido en la silla de ruedas.

–Bueno, creo que eres la única por la que se mantienen abiertas las papelerías –bromeó Miles.

Zoe no dijo nada. No era la única, muchos de los enfermeros y paramédicos con los que trabajaba escribían a los pacientes con enfermedades terminales para intentar levantarles el ánimo. Al igual que ella, eran muchos los que creían que en esa era digital había algo especial en el hecho de escribir una nota, un registro físico lleno de alegría que los pacientes podían tocar y con el que podían conectar de un modo imposible de replicar con un mensaje de texto o un correo electrónico.

Sin embargo, Zoe también sabía que nadie se esforzaba tanto como ella. Se encargaba de preguntar a todos los pacientes de cuidados paliativos si tenían algún último mensaje. A veces lo hacía mientras exhalaban su último aliento, otra vez en las horas o días previos antes de su fallecimiento. Zoe sabía que eso les daba algo a lo que aferrarse durante los oscuros momentos de duelo que se avecinaban.

–Eres una enfermera maravillosa, Zoe –continuó Miles–. Simplemente no sé por qué no te diviertes un poco.

–Me divierto trabajando aquí –respondió ella con tranquilidad. Miles negó con la cabeza, como si se encontrara ante una causa perdida.

–Zoe, trabajar aquí es un tostón. Nunca te vas de vacaciones, nunca te tomas un día libre...

–¡Sí que lo hago!

–Para hacer la colada –espetó él con una mirada devastadora–. Me lo dijo Sarah, tu compañera de piso.

–Bueno, pues no tendría que habértelo dicho –se quejó Zoe acaloradamente–. Lo que haga con mi tiempo libre es cosa mía.

–De acuerdo –exclamó Miles, retrocediendo, como si tuviera miedo de que Zoe fuera a explotar–. Solo lo comentaba.

–Pues no lo hagas. De todos modos, quién sabe qué pasará cuando Ben Tasker se incorpore mañana.

Miles sonrió.

–Sí, quién sabe. Tal vez tengas tiempo para tomarte alguna que otra cerveza en el *pub* o empieces a ponerte ropa que no sea el uniforme azul marino.

Con ese último comentario, a Zoe se le acabó la paciencia y empujó a Arthur de vuelta a su habitación. Mientras lo hacía, vislumbró su apariencia en las ventanas de un solo panel. Miles tenía razón, parecía una mujer mayor con la ropa sin planchar, la piel pálida y el pelo rubio grisáceo tan descuidado que podría tener personalidad propia. Pero ¿qué más daba? Lo que importaba era ayudar a los pacientes a tener una buena muerte y estaba segura de que el nuevo supervisor estaría de acuerdo con ella en eso.

Capítulo 2

Miles no fue el único que llegó tarde al trabajo ese día. Cuando terminó el turno de Zoe, había contado dos enfermeros más y un miembro del equipo de soporte vital que habían llegado tarde. Al subir en el bus de regreso a casa, se sintió aliviada una vez más por que sus días al mando estuvieran a punto de terminar. Cuando había entrado a Los Robles, la residencia llevaba más de treinta años funcionando de manera independiente, acogiendo tanto a pacientes jóvenes como mayores. Zoe se había enamorado del lugar en cuanto había entrado por la puerta, pero últimamente se notaba que los fondos se estaban acabando.

Llevaban a cabo recortes sin parar y Zoe a menudo veía a miembros de la junta merodeando por los pasillos y susurrando cómo podrían ahorrar dinero. Siempre había sido un lugar lleno de positividad, pero lo últimos meses, conforme iban aplicando recortes y reduciendo los puestos de trabajo, Zoe había comprendido que acababa de llegar la sentencia de muerte. No se había extrañado cuando, unas semanas antes, la familia Harper, que ya poseía varias residencias por todo el país, había anunciado que iba a añadir Los Robles a su cartera de valores. Como es natural, hubo sentimientos encontrados, pero la junta se había esforzado al máximo para convencer a todos de que los Harper sabrían cómo cambiar la situación, así que se había cerrado el trato.

La semana anterior, Zoe se había enterado de que Ben Tasker ocuparía su puesto durante unos meses. Como si fuera un enfermero milagroso, el señor Tasker llevaba varios años tra-

bajando con la familia Harper como supervisor, asegurándose de que todas las residencias fueran rentables con la atención al paciente en el centro de cada instalación. A pesar de que todos los que la rodeaban se quejaban de los cambios, Zoe estaba encantada. Ella solo quería ser enfermera, la llegada de Ben Tasker era una buena noticia.

Poco después, el autobús se acercó al centro de Bath y Zoe miró por la ventana sucia mientras se aproximaban al Guildhall. Un poco más adelante se veía la piedra de color crema de la abadía y luego la presa del puente Pulteney con el agua corriendo con tanta fuerza que tenías que gritar para hacerte oír.

La antigua ciudad de Bath le había robado el corazón dos meses después de su llegada a Reino Unido. Ella y una amiga enfermera habían hecho un viaje de un día desde Londres y habían quedado embelesadas en cuanto bajaron del bus. Juntas, se habían maravillado con las elegantes casas pareadas del Royal Crescent del Circus y habían paseado por el centro para tomar algo con vistas a la abadía y al Pump Room. Lamentablemente, su presupuesto no era suficiente para entrar a las termas romanas, así que, en lugar de eso, se habían comido unos bocadillos en Queen Square. Mientras observaban a los jugadores de petanca, Zoe se había sentido en paz por primera vez desde que había llegado a Reino Unido.

Y así, en el bus de vuelta a su cutre piso compartido en Earls Court, Zoe le había escrito a su casero y a la agencia de empleo temporal de enfermeras que la había contratado para darles el aviso requerido. Un mes más tarde, se había mudado a Bath y había encontrado empleo en Los Robles. Y ahí seguía.

Ahora, tras bajar del bus, caminó a través de las calles adoquinadas de la ciudad con el primaveral sol de la tarde calentándole suavemente la piel. Zoe estuvo en casa en pocos minutos.

–¿Hola? –saludó y, tras abrir la pesada puerta de madera, entró al pequeño vestíbulo.

–Estamos aquí –dijo una voz desde el otro extremo de la estrecha terraza.

Zoe sonrió al oír a su compañera de piso, Sarah Rokeby, que por una vez había vuelto a casa pronto de su empleo como trabajadora social. Se abrió camino hacia la cocina y solo pudo dar un par de pasos antes de que la hija de Sarah se abalanzara sobre ella, lanzándose directamente a sus espinillas.

—¿Cómo estás, Lottie? —preguntó Zoe con voz cariñosa mientras la pequeña le rodeaba las piernas con sus brazos regordetes.

—Bien. Mamá ha pintado con los dedos conmigo y hemos comido bocadillos de jamón en el cole —contestó la niña de seis años con la cara aplastada contra la ropa de Zoe.

—Parece que has tenido un gran día.

Zoe le sonrió, la tomó en brazos y se la colocó en la cadera. Fueron juntas hasta la cocina, donde estaba Sarah ante el fregadero, llenando de agua el brillante hervidor Dualit. Le había costado un ojo de la cara, pero su compañera había afirmado que con él se preparaba el mejor té del mundo y no había escatimado ni un penique. Zoe no había dicho nada. Podría haberse acostumbrado a la vida en Reino Unido, pero todavía no entendía esa obsesión por el té. En el mejor de los casos, sabía a agua de fregar.

—¿Un buen día? —preguntó Zoe bajando a Lottie.

—No ha ido mal —contestó Sarah. El cabello castaño de corte *bob* le rozó los hombros cuando inclinó la cabeza y sonrió—. He podido adelantar algunos casos mientras Lottie se echaba la siesta.

Zoe asintió con aprobación.

—Bien hecho. ¿Cuándo cogerán a alguien más en tu oficina?

—Tendremos un nuevo principiante el mes que viene —dijo Sarah, reprimiendo un bostezo—. Esperemos que dure algo más que un par de semanas. Puede que entonces consiga un día libre.

Sarah le tendió un café a Zoe, quien lo aceptó agradecida con una sonrisa.

Con su expresión transparente, sus cálidos ojos marrones rebosantes de amabilidad y su sonrisa contagiosa, su amiga y compañera de piso era conocida por su compasión. Cuando

Zoe había llegado a Bath, Sarah la había acogido en su casa con los brazos abiertos. Por aquel entonces, era trabajadora social adscrita en Los Robles. Acababa de separarse del padre de Lottie y, sintiéndose sola como madre soltera de una niña de seis años, le había ofrecido una habitación a Zoe, insistiendo en que no había necesidad de pagar ninguna fianza. Zoe se sintió muy agradecida porque no tenía muchos ahorros, pero le había asegurado a Sarah que se quedaría con ella solo unas semanas hasta que pudiera encontrar su propio alojamiento. Y ahora, dos años después, las tres se habían convertido en una peculiar familia.

En ese momento, Zoe sintió que le vibraba el móvil en el bolsillo. Cuando lo sacó, sintió una punzada de irritación al ver un mensaje con el nombre de David en la pantalla.

Sarah frunció el ceño.

—¿Es quien creo que es?

Zoe asintió y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo sin leer el mensaje.

—Justo a tiempo —comentó Sarah tranquilamente mientras tomaba asiento en la mesa redonda de la cocina.

Zoe colocó una silla frente a la de su amiga y suspiró.

—Sus mensajes son como un reloj. Cada cumpleaños, Navidad, el primer día de cada mes y cuando Sean... siempre cuando Sean...

Las palabras se quedaron flotando en el aire, Zoe fue incapaz de acabar la oración y Sarah no necesitó que lo hiciera.

—¿Lees alguno? —inquirió Sarah, subiendo a Lottie sobre sus rodillas.

—Alguna vez —respondió Zoe—. Pero siempre son iguales. Que me quiere, que me echa de menos y que tiene ganas de que vuelva a casa. Es como si estuviera de vacaciones y fuera a volver en cualquier momento.

Sarah negó con la cabeza y Lottie la imitó, lo que hizo que Zoe se riera al ver esa expresión tan seria que no tenía lugar en la carita de la niña.

–¿Por qué no le ahorras esta miseria a tu ex y le dices que se vaya a hacer puñetas y te deje en paz? –sugirió Sarah como había hecho ya miles de veces.

–No es tan sencillo.

Zoe se soltó el pelo del moño y se sacudió la melena mientras se preparaba mentalmente para la habitual discusión que mantenía con Sarah cada vez que David contactaba con ella.

–Pues debería serlo –razonó Sarah–. Todos esos mensajes no pueden ser buenos ni para él ni para ti.

Tras esa declaración, Zoe sintió que la invadía la tristeza. No era así como se había imaginado la vida de casada. Nunca había pensado que David y ella acabarían viviendo vidas separadas en extremos opuestos del mundo cuando se habían casado justo después de que ella cumpliera veinte años.

–De verdad, Zoe, ¿por qué no te divorcias de él? –preguntó Sarah con cautela. Se inclinó sobre la maltrecha mesa de madera de pino y le cogió la mano–. Así podrías ser libre de una vez por todas y no tener un pie en Oz y el otro aquí.

–No es exactamente así –murmuró Zoe.

–Es exactamente así –insistió Sarah con firmeza.

Se produjo un silencio mientras Zoe asimilaba los consejos de su amiga.

–Divorciarme de él parece demasiado definitivo. Estuvimos veinte años juntos.

–Y lleváis dos años sin estarlo –espetó Sarah bruscamente.

Apartó la mano de la de Zoe y tomó una de las galletas digestivas cubiertas de chocolate que había en un plato en el centro de la mesa.

Zoe esperó a que Sarah terminara de masticar.

–Aun así, la mera idea me resulta demasiado dolorosa. Es como si fuera a decepcionar a Sean.

–Aunque estuviera de acuerdo en que fueras a decepcionar a Sean, cosa que no pienso, no está bien que te quedes atrapada en el limbo –dijo Sarah mientras masticaba un segundo bocado de galleta–. No puedes dejar atrás el pasado y tampoco puedes

seguir adelante. Si decidieras romper definitivamente, tal vez te sentirías más interesada por la supervisión.

–Eso no es cierto –repuso Zoe acaloradamente–. Además, no quiero ser supervisora, me gusta el día a día de ser una enfermera.

–Si tú lo dices... –comentó Sarah no muy convencida–. De todos modos, ¿has pensado que este supervisor...?

–Ben Tasker –interrumpió Zoe.

–Sí, cierto, Ben Tasker. ¿Has pensado que podría tener una idea diferente para ti? –apuntó cogiendo otra galleta. Le ofreció el plato a Zoe, pero la enfermera negó con la cabeza–. Tal vez quiera que asumas más responsabilidades, teniendo en cuenta que tienes mucha experiencia.

El horror atravesó el rostro de Zoe e hizo reír a Sarah.

–Venga, no sería tan malo –comentó animándola.

–¡Sería horrible! –Zoe cambió de idea respecto a las galletas y cogió dos–. Cuando los Harper hicieron una reunión antes de la adquisición, su personal de recursos humanos me preguntó dos veces si estaba dispuesta a asumir más responsabilidades; lo rechacé. Será mejor que ese Ben Tasker ni me mire. Me gustan las rondas de medicación, hacer turnos y el aseo de los pacientes encamados, gracias.

–Y las notas –añadió Sarah–. No te olvides de las notas.

–Espero que no estés siendo sarcástica –espetó Zoe lanzando migas en todas direcciones, lo que hizo reír a Lottie.

–Como si eso importara.

Sarah la miró como si no hubiera roto un plato en su vida y ella se terminó el café.

Zoe pensaba que eso era lo mejor de su amistad. Sabían exactamente hasta dónde presionar a la otra y cuándo parar.

–Y hablando de eso, tengo que entregar una nota ahora –anunció Zoe–. ¿Os apetece venir a Lottie y a ti?

–Pero si acabas de llegar a casa –se quejó Sarah–. Creía que podríamos ver alguna basura en Netflix y beber vino barato después de acostar a Lottie.

–¡No es justo! –protestó Lottie, que no quería perderse la diversión–. Yo también quiero vino barato.

Las chicas rieron ante esa afirmación y el rostro de Lottie se convirtió en la imagen perfecta de la irritación de una niña de seis años.

–No está lejos –dijo Zoe–. Podéis venir las dos, será divertido. Sarah se mostró dubitativa.

–La última vez que te acompañé le di a una mujer una nota en un papel rosa chillón que decía que su hermana le había robado todas las joyas y que quería contarle la verdad en su lecho de muerte. Decir que fue incómodo es quedarse corta.

Zoe se rio. Para ser justas, había sido una mala entrega, pero no se había imaginado que la hermana de la mujer fuera una anciana despiadada ni que entre las joyas hubiera un par de diamantes de Beers.

–Te prometo que esta vez será diferente.

Sarah todavía parecía albergar dudas.

–De acuerdo. Pero, si es tan horrible como la última vez, quiero patatas fritas y una botella de vino peleón después.

–¡Yo también! –añadió Lottie mientras bajaba de las rodillas de su madre y colocaba su manita sobre la de Zoe.

Al mirar a la niña, Zoe sintió una oleada de cariño. Siempre le habían encantado los niños y Lottie se había ganado un lugar especial en su corazón, justo al lado de un agujero que nunca podría llenarse.

Capítulo 3

Por suerte, la entrega de la nota al hijo de un antiguo oficial naval había ido bien. No había habido ninguna sorpresa en el interior del sobre, solo palabras de cariño de un padre a un hijo: la despedida perfecta.

A pesar de que el éxito de la visita implicaba que no había necesidad de vino barato, Zoe se despertó a la mañana siguiente cansada y con la cabeza embotada. El mensaje no leído de David había ocupado su mente y se había pasado gran parte de la noche dando vueltas en la cama mientras imágenes de su marido invadían el poco sueño que había logrado conciliar.

Ahora estaba sentada erguida en la cama doble que había apretujada en la habitación de invitados de Sarah. Recuperando el aliento, Zoe buscó el vaso de agua que tenía en la mesita y tomó un trago. Sus sueños parecían muy reales. Estaba en la playa leyendo un libro cuando habían aparecido David y su madre, Ruth. Le habían dicho que era una sorpresa. Tras muchos aplausos y vítores, había aparecido Sean, sonriéndole a Zoe como siempre hacía. Pensó que no había cambiado nada mientras recorría su rostro con los ojos, observando su cabello dorado y su nariz pecosa. Se había puesto de pie, desesperada por sostenerlo entre sus brazos, pero, en cuanto se había levantado, Sean había retrocedido y había desaparecido mar adentro. Zoe había llorado suplicándole que volviera y se había despertado con el sudor perlándole la frente y con las incómodas sábanas húmedas enroscadas alrededor de su cuerpo.

Respiró lentamente por la nariz, tal y como le había enseñado su terapeuta. Cuando se calmó, se vistió y se llenó el termo de

café. En el último momento, tomó las llaves del coche, agradecida, porque llegar tan temprano significaría tener garantizada una plaza de aparcamiento.

Zoe llegó justo cuando empezaba a amanecer y se tomó un momento para apreciar las vistas. Los Robles se alzaba entre extensas zonas verdes con amplios senderos rodeados de cerezos en flor. Los acogedores valles y escondites proporcionaban un aire de intimidad y los grandes setos que rodeaban el jardín amortiguaban el ruido de la carretera, haciendo que la residencia pareciera un hogar tranquilo fuera del hogar. Esa había sido su primera impresión de Los Robles y le había encantado. Mientras recorría la villa victoriana con la mirada, solo podía albergar esperanzas de que Ben Tasker sintiera lo mismo al llegar ese día.

Cuando salió del coche se dio cuenta de que estaba nerviosa. A pesar de que sus días como líder del equipo habían terminado, sin duda alguna, este relevo comportaría cambios. Tras saludar al guardia de seguridad al entrar, ignoró el olor a lejía que le impregnó las fosas nasales gracias a los limpiadores de primera hora y oyó a alguien llamándola. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Karen Lowell, la directora de la residencia. La gestión de la residencia estaba digitalizada en gran medida, pero Karen era algo anticuada y prefería el papel. Tenía los brazos cargados de expedientes, las gafas resbalándole por la nariz y el cárdigan mal abotonado. Zoe se relajó. Karen era una mujer con los pies en la tierra, responsable y amable y, al igual que ella, adoraba el toque personal del papel. No era de extrañar que siempre se sintiera feliz en compañía de aquella mujer.

—Por fin vas a librarte de la responsabilidad —comentó Karen con una sonrisa.

—Por fin, sí —contestó Zoe, sintiendo alivio al decirlo.

—Te diría que le hagas un recorrido completo a Ben, pero tiene un día bastante ocupado arriba con vídeos de cumplimiento y esas cosas —explicó Karen mientras caminaba rápidamente por el pasillo.

Zoe se esforzó por mantener el ritmo de la directora.

–Los recuerdo demasiado bien.

–Me lo imagino –dijo Karen con un acento que Zoe había llegado a reconocer como propio de la elegancia de Bath–. Así que, hasta que se instale, ¿podrías seguir supervisando el día a día?

Zoe asintió y Karen hizo una pausa.

–Hay una cosa más –empezó la directora–. Esta mañana tendremos una admisión bastante especial. Ya conoces a Simon Harper, el nuevo propietario. Pues va a traernos a su madre y ha solicitado que tú gestiones personalmente el proceso.

–¿Yo? –jadeó Zoe–. ¿Por qué?

–Supongo que tu reputación te precede –respondió Karen con una sonrisa–. Es de conocimiento común que eres la mejor enfermera que tenemos y también es de conocimiento común que no vas a asumir más responsabilidades.

–Siempre me ha importado la atención al paciente.

–Todos lo sabemos y estamos muy agradecidos –dijo Karen con suavidad–. Es simplemente algo a tener en cuenta cuando la gente te pide que cuides de sus madres moribundas. Si lo haces, la gente te verá como líder de manera natural.

–Lo sé –suspiró Zoe. Sabía que debería sentirse halagada, pero lo cierto era que estaba demasiado cansada y que le daba vueltas la cabeza por esos sueños que parecían más reales que imaginarios–. ¿Cuándo llega la madre de Simon?

–Esta mañana. –Karen le entregó un expediente a Zoe–. Aquí tienes todos sus detalles. De momento, será paciente de día.

–Madeleine Harper, setenta y cuatro años con un tumor cerebral –murmuró Zoe ojeando el expediente–. Vaya. No es tan mayor para estos tiempos.

–No –contestó bruscamente Karen–. Se la espera a las nueve... ¿Puedo dejarla contigo?

Zoe apenas había acabado de asentir antes de que Karen empezara a marcharse.

–Ah, Zoe –agregó, deteniéndose de repente en el pasillo.

Zoe levantó la mirada—. Por favor, asegúrate de que tanto tú como el resto del personal hagáis que el señor Tasker se sienta bienvenido.

—Por supuesto —dijo ella—. Estoy segura de que Ben querrá lo mismo que todos, lo mejor para los pacientes.

Karen soltó una carcajada.

—Puede que sea así, pero ten en cuenta que el señor Tasker tiene algunas ideas visionarias para el departamento. Como soy parte del equipo que tiene que supervisar esta maldita adquisición, sería muy importante para mí que le dieras todo tu apoyo a él y a sus ideas.

Karen no solo tenía algo que hacía que fuera imposible no mostrarse de acuerdo con ella, sino que también había combatido en primera línea como enfermera durante más de treinta años. En consecuencia, Zoe la tenía en alta estima y asintió obedientemente.

—Sabía que podía confiar en ti —dijo con una sonrisa—. Hay unos cuantos formularios debajo del expediente de la señora Harper para que los rellenes. Te agradecería mucho que los completaras y los dejaras en el casillero del señor Tasker cuanto antes.

Zoe ojeó los papeles. Había un cuestionario sobre lo que esperaba sobre su papel como enfermera, un cuestionario sobre el estilo de gestión y un formulario para completar enumerando cualquier afición extracurricular y qué pensaba que podría hacer ella por la residencia. Se quedó atónita al ver todo eso. ¿Cómo podía tener tiempo para eso el nuevo supervisor? Estaba a punto de comentarlo cuando se dio cuenta de que Karen seguía hablando.

—De todos modos, sí que te guardarás libre el 14 de mayo, ¿verdad?

—¿Cómo? —preguntó Zoe mirando a la directora, desconcertada.

—El día 14 —repitió Karen con impaciencia—. Es jueves. Vamos a organizar una pequeña fiesta en la residencia para el personal

y algunos amigos para dar la bienvenida a nuestros nuevos propietarios. Tráete a tu compañera de piso.

Lo dijo más como una orden que como una sugerencia.

—Ah, claro.

—Excelente. —Karen sonrió de oreja a oreja—. Me he alegrado de verte, Zoe.

Tras eso, la directora se alejó por el pasillo hacia su despacho, dejándola con el expediente de la señora Harper. Zoe entró en la sala ambulatoria vacía y se sentó al borde de uno de los sillones orejeros. Metió la mano en su mochila llena, rebuscó entre el desorden habitual de gel de manos, mascarillas, el Kindle, el móvil y una camiseta limpia hasta que su mano se posó en lo que estaba buscando. Sacó un puñado de tarjetas de colores brillantes y eligió una con un alegre paisaje marino. Abrió la tarjeta, pensó durante unos instantes y empezó a escribir deslizando la pluma negra sobre el papel.

Querida señora Harper:

Bienvenida a Los Robles. Sé que lo que le espera por delante es todo un desafío, pero estamos a su disposición para lo que nos necesite cuando nos necesite.

Cordialmente,

*Zoe Evans,
enfermera jefa*

Zoe metió la tarjeta en el sobre y se dirigió a la cama de la señora Harper. La colocó sobre la almohada, alisó las sábanas ya impecables y sonrió. Tal vez la notita no mejorara el diagnóstico de la señora Harper, pero esperaba que ese pequeño detalle la ayudara a darse cuenta de que todavía tenía esperanzas a las que aferrarse.

Capítulo 4

A pesar de las promesas de ayudarlo, no llegó a conocer a Ben Tasker durante su turno. De hecho, en cuanto se colocó detrás del mostrador de las enfermeras la atacó la asistente de Karen, Indira, quien tenía una cantidad preocupantemente grande de papeleo aferrado contra su pecho.

–¿Puedes revisar esto? –preguntó con esa sonrisa diabólica extendiéndose por sus rasgos de color marrón claro.

–¿Qué es? –preguntó Zoe mirando dubitativa los folios que sostenía Indira.

–Declaraciones presupuestarias de las que has formado parte, órdenes e inventarios. Karen quiere que Ben haga borrón y cuenta nueva.

Zoe parecía horrorizada.

–¿Va en serio?

Indira, una mujer ligeramente mayor que Zoe, le dirigió una sonrisa tímida.

–No te llevará mucho tiempo. ¿Podrías empezar después de instalar a la señora Harper?

–¿La señora Harper está aquí ya? –preguntó Zoe.

Siguió la mirada de Indira y vio a una mujer mayor con una espesa cabellera negra salpicada de gris y justo a su lado vio al nuevo propietario de Los Robles, Simon Harper. Zoe se sobresaltó. Solo había visto al señor Harper una vez, pero le había parecido alguien poderoso e inflexible con su complexión ancha y su mandíbula fuerte. Sin embargo, mientras intentaba convencer a su madre para que se sentara en una silla de ruedas, parecía un niño perdido y Zoe se compadeció de ambos.

–Todavía no estoy inválida, hijo. –La voz suave y firme de la señora Harper resonó por todo el pasillo mientras Zoe se acercaba a ellos–. Por favor, no me trates como tal.

–Solo intento ayudar –suplicó el señor Harper–. Hago esto por ti.

–No, Simon –lo cortó bruscamente la señora Harper–. Lo haces por ti. No reescribas la historia fingiendo lo contrario.

Zoe sonrió a modo de bienvenida, intentando disipar la tensión.

–Señora Harper, señor Harper –saludó extendiendo la mano derecha para darles un apretón a ambos–. Es un placer darles la bienvenida. Soy Zoe, una de las enfermeras que la cuidará hoy.

La anciana se volvió hacia Zoe y le ofreció una sonrisa que no le llegó a los pálidos ojos grises.

–Gracias, querida. A mí también me gustaría decir que es un placer, pero, sinceramente, ¿quién quiere pasar el final de su vida en una residencia?

Zoe contuvo una risita mientras la mujer contemplaba la residencia a su alrededor con disgusto. Su mirada se detuvo en las paredes de color magnolia, que necesitaban una mano de pintura urgentemente. Disfrutaba en secreto de los pacientes más francos, hacían que la vida fuera más interesante.

–Mamá, por favor –insistió el señor Harper y Zoe supuso que ya habían mantenido anteriormente esa discusión.

La señora Harper levantó las manos en señal de rendición.

–Vale, estaba bromeando. Solo es un día. Seguro que Zoe y yo nos llevaremos estupendamente.

Tras reconocer que esa era su señal para sonreír tranquilamente, Zoe elevó las comisuras de la boca y se giró hacia su nuevo jefe.

–Por supuesto que sí. Señora Harper, voy a enseñarle el lugar.

Una expresión de alivio atravesó el rostro del señor Harper.

–Te recojo más tarde, mamá.

Se inclinó para darle un beso en la mejilla y se marchó rápidamente por el pasillo.

La señora Harper dejó escapar un suspiro.

–Sé que tiene buenas intenciones, pero desde el diagnóstico me trata como si fuera una anciana. Seguro que es uno de los motivos por los que quería comprar este sitio.

Zoe se colocó en la parte trasera de la silla de ruedas y percibió una nube de Chanel N°5. Pensó que la señora Harper todavía tenía su orgullo mientras la empujaba hacia la sala ambulatoria.

–¿Por qué eso le haría querer comprar la residencia? –preguntó la enfermera.

–Porque antes de ser una residencia fue también la casa de mi familia –explicó la mujer mayor con un toque de vehemencia–. Sin embargo, algo que mi hijo ha olvidado convenientemente es que yo odiaba estar aquí. –Se giró para mirar a Zoe mientras entraban en la sala iluminada llena de pacientes hablando, leyendo y jugando a las cartas–. Esto era el comedor. Mi madre solía organizar fiestas fabulosas, pero mi padre se emborrachaba y hacía el ridículo. No fueron tiempos felices. Me marché en cuanto pude.

Zoe llevó la silla de ruedas hasta la ventana, le dio unas palmas a la señora Harper en el hombro y le sirvió una taza de té de la tetera que había al otro lado de la sala. Tras ponérsela en las manos a la mujer, se sentó en la silla de enfrente.

–Entonces, ¿por qué su hijo quería que estuviera aquí para emprender su último viaje?

La señora Harper puso los ojos en blanco y dejó la taza en la mesita de madera que había entre ellas.

–Porque piensa que traerme aquí será como estar en casa. No recuerda lo poco que lo traía yo a él a ver a sus abuelos. Y, cuando lo hacía, siempre tenía prisa por marcharme.

–Lo lamento –dijo Zoe–. ¿Quiere que hable con él?

Otra carcajada escapó entre los labios de la señora Harper.

–¿Mi hijo? ¿Escuchar a alguien? No lo creo, querida, aunque es muy amable por tu parte. ¿Tienes hijos?

Zoe estaba a punto de negar con la cabeza como hacía siempre, pero algo en la actitud de la señora Harper hizo que quisiera contarle la verdad.

–Sí, un niño.

–Bueno, pues si quieres mi consejo, no dejes que crezca –dijo sabiamente la señora Harper–. Cuando crecen se convierten en hombres a los que casi ni reconoces.

La señora Harper giró sus brillantes ojos hacia la ventana y Zoe intentó calmarse. Respiró profundamente con las pulsaciones aceleradas mientras se esforzaba por sacar la imagen de Sean de su mente. No podía permitir que su pasado se apoderara de su trabajo. Su profesión era lo único que la hacía seguir adelante.

Como tenía tanto que hacer, le pasó el cuidado de la señora Harper a Miles para el resto del día y, cuando terminó su turno a las seis de la tarde, estaba más que preparada para dar la jornada por terminada. Al salir por las puertas de la residencia, dobló la esquina. Cuando estuvo segura de que nadie la veía, se apoyó en uno de los enormes robles y gimió sonoramente.

–Parece que tu día ha sido casi tan malo como el mío.

Se sobresaltó al oír la voz y se sintió molesta y avergonzada por que la hubieran descubierto en un momento tan privado. Miró alrededor del árbol y encontró a un hombre alto de piel oscura con un traje gris y una corbata colgándole holgadamente del cuello. Estaba apoyado en el tronco con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y fumaba lo que le pareció un puro muy caro.

–No puedes fumarte eso aquí –le espetó.

–¿Por qué? –preguntó el hombre, colocando los labios en forma de «O» y exhalando un anillo de humo perfecto–. La última vez que lo comprobé se podía fumar en exteriores.

–Sí, pero esto es una residencia –siseó Zoe y enfatizó sus palabras apartándose el humo de la cara–. No está bien.

–¿Por qué? ¿Porque están todos muriéndose? –El hombre rio y la sonrisa le alcanzó los ojos marrones–. No creo que marque ninguna diferencia.

–No, porque es una falta de respeto –replicó Zoe.

Odiaba mantener esa discusión. A veces, la gente que iba de visita a Los Robles llevaba *whisky*, vino e incluso drogas en

algunas ocasiones para sus seres queridos, para ayudarlos en sus últimos momentos porque «ya no importaba». Era una actitud que a Zoe le costaba comprender. No era porque las drogas o el alcohol fueran a matarlos, era una cuestión de respeto. Le ofreció al hombre su mejor mueca enojada y sintió un destello de placer cuando él lanzó el puro al suelo y lo aplastó con el pie.

–Tienes razón, lo siento –se disculpó con expresión arrepentida–. Ha sido un día duro.

–Sí, el mío también.

–Supongo que lo dices como enfermera y no como paciente –comentó el hombre, señalando su uniforme.

–¿Cómo lo has sabido? –dijo con sarcasmo, todavía alterada por el intercambio.

–Entonces, ¿estás al mando? –preguntó.

Ella negó con la cabeza con aire impaciente. Estaba cansada y quería irse a casa y tomarse una copa de vino.

–No.

–¿Estás segura? –inquirió el hombre arqueando una ceja–. Pareces enfadada y por el modo en el que me has reñido por fumar me has parecido bastante mandona.

–No te he reñido –repuso Zoe–. Solo te he pedido que dejaras de fumar en el terreno de la residencia. ¿Quién soy yo para impedir que te mates?

–Vaya. –El hombre sonrió–. Aunque ese puro fuera una excepción, ¿no te importaría que me encendiera otro en unos minutos?

–No podría importarme menos lo que hagas ahí fuera –replicó Zoe, señalando la carretera con la cabeza.

–Debes de ser muy popular entre los pacientes –dijo el hombre con una sonrisa de superioridad–. Es un encanto tratar contigo.

Zoe se metió las manos en los bolsillos con desaprobación y se dirigió al aparcamiento. No estaba de humor.

–¿Ni siquiera vas a despedirte? –la llamó mientras ella se alejaba.

Zoe se tragó su molestia y, cuando llegó al coche, casi se arrojó

al interior. Ese día había empezado mal y, desde su conversación con la señora Harper, solo había ido a peor. Apoyando la cabeza en el volante, cerró los ojos y se permitió finalmente pensar en su hijo. Imágenes del niño construyendo un castillo de arena en la playa, sonriendo cuando veía *Toy Story* y durmiendo sano y salvo en la cama le inundaron la mente como una película pasada a velocidad rápida. En ese momento, Zoe cedió a la amenaza de las lágrimas que estaba acechando desde que se había despertado. Lo único bueno fue que el hombre del puro no estaba ahí para verlo.

Capítulo 5

Cuando llegó al trabajo a la mañana siguiente, Zoe pasó con sigilo junto al mostrador de las enfermeras para evitar interrupciones. Había algo que quería hacer antes de que empezara oficialmente su turno.

Se acercó a la habitación de Arthur, abrió la puerta suavemente y vio que estaba tumbado en la cama roncando apaciblemente y que su esposa Audrey estaba dormida en la silla que había a su lado. Zoe miró de cerca a la pareja y vio que Arthur tenía los dedos entrelazados con fuerza con los de Audrey. A pesar de su fanfarronada, era evidente que Arthur adoraba a su esposa.

Con cuidado de no molestar a la pareja dormida, Zoe movió la jarra de agua de Arthur y dejó dos sobres debajo de ella en la mesita de noche. Para Arthur había elegido uno de sus paisajes marinos favoritos con unas pocas palabras dándole las gracias por la alegría que aportaba siempre a sus días. La carta para Audrey la había escrito en una hoja tintada a mano de un color azul pálido. La había comprado en una tienda de manualidades. En cuanto vio la estrella fugaz plateada que había estampada con relieve en lo alto de la página, supo que sería perfecta para alguien que necesitaba unas palabras amables para poder superar el día.

Con las notas entregadas, Zoe volvió al mostrador de las enfermeras y vio a Indira sentada en una silla con la mirada fija en Instagram.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Zoe.

Indira levantó la mirada y sonrió.

—Ben me ha pedido que intente actualizar nuestro perfil de

Instagram. He estado subiendo fotos y estoy dispuesta a capturar cualquier momento apropiado mientras preparamos las habitaciones para nuevas admisiones.

Zoe frunció el ceño al mirar por encima del hombro de Indira. –No sabía que hoy iba a ingresar algún paciente nuevo.

–Un par de traslados de St Mary –contestó Indira–. Eran pacientes de día, pero Ben lo ha arreglado para que se vengan aquí. Ah, la señora Kennington murió anoche.

–Ay, no. –Zoe dejó su mochila en el suelo–. ¿Tenía todos sus asuntos en orden?

–Si te refieres a si alguien anotó sus últimas palabras la respuesta es que no –dijo Indira con tono cortante.

Zoe reprimió su irritación. La señora Kennington había ingresado el día anterior y ella había estado tan ocupada con la señora Harper y preparándolo todo para Ben que no había tenido tiempo para hablar con ella sobre sus últimas palabras ni para escribirle una tarjeta de bienvenida.

–Oye, no te preocupes, tuvo un buen final –añadió Indira amablemente al ver la expresión de Zoe–. Se fue tranquila y su hija estaba con ella.

–Ah, eso está bien –dijo Zoe con un suspiro–. Pero ojalá hubiera tenido la oportunidad de darle la bienvenida al menos.

–No puedes hacerlo todo.

–No, pero espero que, ahora que tenemos un jefe nuevo, pueda librarme del papeleo.

Indira no dijo nada mientras contemplaba la residencia. Zoe siguió su mirada. Como cualquier día a las siete de la mañana, el lugar estaba lleno de médicos haciendo la ronda y de pacientes sentados en la cama poniendo atención a cada palabra. Otros estaban en la sala ambulatoria siguiendo sus viejas rutinas como escuchar la radio mientras desayunaban, leer el periódico o revisar sus móviles. Todo parecía muy normal. Aun así, había un hombre en la esquina con el mismo uniforme azul marino que el de ella a quien Zoe no reconoció.

–¿Con quién está hablando la señora Taylor? –preguntó

mientras el hombre soltaba una carcajada que resonó por toda la habitación.

–Ese es Ben Tasker. ¿No lo conociste ayer?

–No tuve oportunidad –respondió Zoe, negando con la cabeza.

–Es encantador –dijo Indira afectuosamente–. Ve y preséntate.

Cuando Ben volvió a reír, Zoe se sorprendió a sí misma sonriendo. Había algo reconfortante en ese sonido. Era una risa auténtica que provenía del alma. Tras despedirse de Indira, Zoe se encaminó hacia él, pero cuando Ben se dio la vuelta hizo que ella se detuviera de golpe. Ben Tasker era nada más y nada menos que el hombre al que le había gritado por fumar la tarde anterior.

Sus miradas se encontraron y sintió que se le inflamaban las mejillas y que la sangre le bombeaba demasiado fuerte por las venas. Había sido grosera. Ben era nuevo y además era su jefe. Tendría que disculparse. Se obligó a acercarse a él e intentó ignorar el miedo que se le estaba formando en la boca del estómago.

Mientras se acercaba, lo observó con atención. Con la cabeza rapada, la piel oscura y esos ojos que se arrugaban cuando sonreía, parecía diferente al hombre con el que había discutido el día interior. Más relajado. Más amigable, incluso.

–Zoe Evans –dijo con nerviosismo, tendiéndole la mano–. Creo que empezamos con mal pie.

Ben no le habló de inmediato, sino que la miró de arriba abajo y le tomó la mano.

–¿Te refieres a cuando me regañaste por fumarme un puro de celebración tras mi primer día en un nuevo empleo? –bromeó con un brillo de picardía en los ojos.

–Algo así –contestó Zoe, sintiéndose incómoda y retirando la mano–. No sabía quién eras.

–Ah. –Ben curvó las comisuras de la boca–. ¿Solo gritas a gente que no es tu superior?

–No fue así –volvió a probar Zoe.

Ben sonrió.

–No te preocupes, vamos a olvidarlo.
Zoe se sintió aliviada ante la sugerencia.
–¿Cómo te estás adaptando?
Ben observó la sala ambulatoria a su alrededor.
–Bien. Todos parecen muy amables, pero es diferente del último lugar en el que estuve.
–¿En qué sentido? –preguntó Zoe.
–Es más grande, hay más pacientes –explicó Ben–. Será un desafío mayor y los Harper tienen muchos planes.
–Tienes muchas cosas entre manos.
–El problema es que nunca me quedo mucho tiempo en estos puestos, entre seis meses y un año normalmente, así que cuando logro hacer algún cambio nunca llego a experimentar la recompensa.
–Parece duro, pero me gusta la idea de tener nuevos comienzos cada cierto tiempo.
–Sí, no está mal –contestó Ben. Cuando se quedó callado, Zoe vio que su mirada se posaba en la puerta que conducía al área de los niños–. Creo que tenéis más niños que en mi anterior destino –agregó en voz baja–. Allí teníamos uno cada pocos meses. Desde que estoy aquí, ya he visto dos ingresos infantiles. Los padres parecían desconsolados.
–Supongo que sí –respondió Zoe–. Para los pequeños siempre es duro, pero, sorprendentemente, siempre son los más alegres.
Ben entornó los ojos.
–Detecto cierto acento de las Antípodas. ¿De dónde eres?
Zoe sonrió, dispuesta a repetir la respuesta a la pregunta que le hacían a menudo.
–De Australia. De Sídney, en realidad. Siempre que pienso que he perdido el acento australiano, me vuelven a descubrir.
–No deberías querer perderlo –señaló Ben–. Los acentos son importantes. Señalan que no somos iguales.
–Tú, por supuesto, eres un pijo auténtico de Bath –bromeó con buena intención.
–Ah, querida, soy de las calles malas de esta ciudad –repuso

él, abandonando el tono neutral y adoptando un convincente acento del West Country.

Zoe se sorprendió.

–O eres muy buen imitador o dices la verdad.

–Digo la verdad. –Sus ojos se entrecerraron con verdadera alegría–. Así hablé los primeros veinte años de mi vida.

–¿Y qué cambió?

–Me marché de Bath, me fui a Oxford a estudiar Biomedicina y luego me mudé a Londres –explicó y se encogió de hombros.

–Ah –murmuró Zoe con complicidad–. Si eres de las calles malas de Bath, ¿cómo es que te dejaron entrar?

–Yo era de la minoría buena –respondió Ben metiéndose las manos en los bolsillos de la bata y Zoe pensó que parecía algo cansado–. Un niño negro, inteligente, apoyado por su madre soltera y por un vecino al que se le daban bien las matemáticas. Me entusiasmaba mucho aprender, lo suficiente como para ir a la universidad. Fui el primero de la familia en estudiar.

–Yo también fui la primera de mi familia en ir a la universidad.

–¿Qué estudiaste? –preguntó Ben.

–Enfermería –respondió ella como si fuera evidente–. Es lo que siempre quise hacer.

–Debe de estar bien tenerlo claro desde una edad tan temprana –reflexionó Ben.

–Nunca me lo había planteado –dijo Zoe, rascándose la barbilla–. Supongo que sí. Entiendo que tú no soñabas con ser un gran enfermero.

Ben se echó a reír.

–¡Para nada! Quería ser rapero.

Zoe se rio con él.

–¿Y estudiaste Biomedicina para eso? ¿Qué pasó?

–Me di cuenta de que se me daba fatal rapear –admitió–. Pero, bueno, lo que se perdió Drake lo ganó la enfermería.

Zoe se quedó mirándolo fijamente y se dio cuenta de algo.

–¿Eres el Ben Tasker que ganó el premio de Cuidados Paliativos hace un par de años?

Esta vez fue Ben el que pareció avergonzado.

–Bueno, formé parte de un equipo muy grande. Acepté el premio en nombre de todos.

–Escribiste ese libro –continuó Zoe como si él no hubiera hablado–. Apareciste en todos los periódicos. Iba sobre las últimas etapas de los moribundos, había entrevistas con los pacientes. Todo el dinero recaudado fue a parar a organizaciones benéficas y te llamaron «héroe» por enfrentarte a lo inafrontable.

–Lo del libro fue idea mía, pero todo mi equipo trabajó en él –explicó con vergüenza. Hizo una pausa momentánea y cambió de tema–. Oye, Zoe, me preguntaba si podíamos hablar.

–Claro.

Ben le cogió el codo con la palma de la mano y la condujo fuera de la sala ambulatoria, al rincón de la escalera. Miró a su alrededor para comprobar que estuvieran solos.

–Quería hablar sobre tus notas. Me preocupan.

–¿Te preocupan? –repitió Zoe.

–Sí. –Ben asintió–. Tienes que dejarlo.

Zoe se sintió como si le hubieran arrebatado el aire de los pulmones. Durante un instante, no supo qué decir.

–¿Por qué? –jadeó.

Ben se frotó la nuca y un destello de incomodidad atravesó sus rasgos.

–Creo que podrían causar problemas y te estás exponiendo a ti misma y a la residencia sin necesidad.

Ante esa insinuación, Zoe sintió una oleada de ira.

–¡No puedes decirlo en serio!

–Lo digo muy en serio. Lo siento, Zoe, me han dicho lo importantes que son para ti...

–Y para los pacientes –interrumpió Zoe–. Disfrutan sabiendo que sus seres queridos recibirán sus últimos deseos, y las notas que les doy mientras están con nosotros los animan durante el tiempo que pasan aquí. Piensa en lo agradable que es recibir algo escrito a mano actualmente. Y, para nuestros pacientes, saber que alguien se ha tomado el tiempo y las molestias de

escribirles, que alguien piensa en ellos como humanos y no como seres llegando a la línea de meta... No creo que puedas hacerte una idea de la diferencia que eso supone.

–No lo dudo, pero los riesgos pesan más que los beneficios.

–¿Qué dice Karen al respecto? –preguntó Zoe.

La expresión de Ben se endureció.

–Estoy al mando y tengo todo el apoyo de la alta dirección con respecto a este tema y a cualquier otra decisión. Me han enviado aquí a solucionar los problemas de la residencia y, para mí, tus notas son un problema.

Zoe no dijo nada. No confiaba en sí misma para hablar mientras asimilaba lo que la orden de Ben significaría para ella y para su futuro. Las notas eran un salvavidas y no solo para los pacientes, también para ella.

–Seguro que puedes encontrar otros modos de mostrar a los pacientes lo mucho que te importan, Zoe –declaró Ben con un último asentimiento antes de marcharse.

Mientras Zoe lo observaba volver a la sala ambulatoria, sintió una nueva avalancha de ira. Sus notas no eran un mero capricho. Por lo que a ella respectaba, las últimas palabras de los moribundos ayudaban a salvar la vida de los que se quedaban atrás.